



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Imp. de Fortanet, Libertad 23.-Tel. 991.-Madrid

Pa6639
-73
ES
V.3

LA DIGNIDAD HUMANA

86A.6

CONOCIDÍSIMA es la doctrina que en la llamada jerarquía de los fenómenos sociales coloca a los económicos como de base y fundamental primero de los demás, por ser al organismo social lo que las funciones nutritivas al individual. No es cosa de discutir una vez más concepción tan traída y llevada y tan mal entendida con sobrada frecuencia. Voy a limitarme, en estas notas al vuelo, a señalar un aspecto de la influencia indudable que las concepciones debidas al proceso económico han ejercido sobre la manera toda de juzgar los hombres. Voy a señalar a la atención del lector algunos puntos referentes a cómo y de qué manera la tan conocida distinción económica entre valor de uso y valor de cambio la encontramos en esferas que no son propiamente económicas y contribuye a degradar la moral y el arte.

No hay, entre quienes hayan hojeado siquiera

un manual de economía política, quien ignore la distinción que se establece entre la utilidad intrínseca de una cosa y su valor de cambio, regulado éste por la famosa ley de la oferta y la demanda. Todo el mundo sabe que las cosas más útiles, el aire, el agua, la luz, etc., pueden llegar a no tener precio o valor de cambio (aparente por lo menos) alguno; que un diamante se paga más caro que muchísimas cosas más útiles intrínsecamente que él. La cantidad de algo, regulada luego por el juego de la oferta y la demanda (que regula, no determina propiamente el precio) es la que marca el valor económico de ello. Y son incalculables—como con vigorosa y levantada elocuencia ha puesto de relieve acaso más que ningún otro el gran pensador inglés Ruskin—, son incalculables los errores que la confusión entre el valor de cambio y el intrínseco han producido en esa economía ordinariamente mercantil, cuando más política o nacional, social muy raras veces.

Los conceptos preexpresados son de uso corriente, pero creo que no se aprecia siempre toda su importancia y la extensión con que se los aplica. La estimación del mero valor de cambio aplicada al trabajo humano, y al hombre mismo por lo tanto convertido en mera mercancía, es el carácter más odioso del régimen económico-social que

padecemos. Y tal estimación se extiende a la moral, a la literatura, a la ciencia, al arte, produciendo el más abyecto e infecundo mandarinismo, el verdadero materialismo mercantilista. La personalidad humana se mide con ese famoso valor de cambio.

Si al comparar un cuerpo que se halle a 2 grados centígrados de temperatura con otro que no pase de 1 grado, dijera alguno que el primero tiene doble calor que el segundo, cometería un error tan grosero que apenas hay bachiller español que en él caiga. El error procedería de tomar como punto absoluto de comparación, cual si fuese el indicador de absoluta carencia de movimiento íntimo molecular calorífico, el cero de la escala termométrica, que no pasa de ser indicadora de la temperatura de congelación del agua. Se ha determinado con alguna precisión el que se llama el cero absoluto o sea aquel punto, inasequible en la realidad, que es el límite del descenso en temperatura, allí donde cesa todo movimiento calorífico, y que es a los 273 grados bajo cero del termómetro centígrado. Tomando éste cual punto de comparación, resulta que los cuerpos respectivamente de 1 y 2 grados se hallan a 273 y 274 sobre el cero absoluto. Y, desde luego, se ve la diferencia enorme que hay de compararlos tomando por

punto de partida el cero de la escala o el cero absoluto.

Un error semejante, profundamente arraigado y por inconciente funestísimo, es el de aquellos que miden el valor del hombre, el de la personalidad humana, a partir del cero de nuestra escala social en un orden u otro. Todos los días se oye decir que Fulano vale mil veces más que Zutano, que de tal sabio a su criado hay tanta distancia como de éste al orangután, con otras atrocidades semejantes que, en su inconciente sencillez, revelan un juicio social hondamente pervertido.

Si se pudiera apreciar la diferencia que hay entre los individuos humanos, tomando cual unidad de medida el valor absoluto del hombre, se vería, de seguro, que la tal diferencia nunca pasaría de una pequeña fracción. Por supuesto, lo general es que tales diferencias sean cualitativas, no cuantitativas. Así como no apreciamos el valor del aire, o el de la salud hasta que nos hallamos en un ahogo o enfermos, así al hacer aprecio de una persona olvidamos con frecuencia el suelo firme de nuestro ser, lo que todos tenemos de común, la *humanidad*, la verdadera humanidad, la cualidad de ser hombres, y aun la de ser animales y ser cosas. Entre la nada y el hombre más humilde, la diferencia es infinita; entre éste y el genio, mu-

cho menor de lo que una naturalísima ilusión nos hace creer. Nada más frecuente que ver que las gentes letradas, los espíritus librescos sobre todo, miren con desdeñoso desprecio, de arriba abajo, a los que poseen conocimientos adquiridos de otro modo, o inexpresables, o hechos médula y tuétano y conceptos cual actos reflejos. Junto a la facultad de saber andar y manejar las manos, y hablar, junto a lo que se aprende en los primeros años de la niñez, ¿qué significa toda la llamada por exclusión y antonomasia ciencia, huera más o menos a tinta de imprenta? *Primum vivere, deinde philosophari*: primero vivir, filosofar después, dice un viejo adagio latino, al que hay que añadir que la vida, el *vivere*, es ya en sí y por sí un filosofar, el más profundo y grande. Lo que hace más grande a la naturaleza es el ser desintencionada. Se ha olvidado que el origen de la inteligencia es la necesidad de vivir y reproducirse, el hambre individual y la de la especie, y bajo la fórmula de «la ciencia por la ciencia» suele ocultarse, no pocas veces, una concepción antihumana.

Cuando se dice que la ciencia es producto del trabajo colectivo, se olvida a menudo la parte que en su producción han tomado los desdeñados por los hombres de ciencia, así como también que en el estado actual de diferenciación del trabajo

nadie puede decir: «esta es mi obra, esto sólo de mí procede.» Lo que hace posible la existencia de los hombres dedicados a la pura especulación científica, y con ella el progreso de la ciencia, es el callado y terrible sacrificio de no pocos braceros, cuyo valor se estima poco más alto, o tal vez más bajo, que el cero de nuestra escala social.

Se ha intentado de mil maneras diferentes calcular con alguna exactitud el valor económico del trabajo humano, se ha aplicado a él de una manera ingeniosa la fórmula del trabajo mecánico $\frac{mv^2}{2}$ (la mitad del producto de la masa por el cuadrado de la velocidad); pero hay que reconocer que la voluntad y la energía humanas son fuerzas inmensurables hasta hoy. No hay para el trabajo humano otra medida que el valor de la obra que lleva a cabo, y tal obra rara vez es producto mensurable.

En la práctica se ha trazado una escala de graduación para estinar el trabajo humano, y se ha fijado en ella un punto (movible, por supuesto, y oscilante), cual cero de la escala, un punto terrible en que empieza la congelación del hombre, en que el desgraciado a él adscrito va lentamente deshumanizándose, muriendo poco a poco en larga agonía de hambre corporal y espiritual entre-

tenidas. Y así sucede, que el proceso capitalístico actual, despreciando el valor absoluto del trabajo y con él el del hombre, ha creado enormes diferencias en su justipreciación. Lo que algunos llaman individualismo, surge de un desprecio absoluto precisamente de la raíz y base de toda individualidad, del carácter específico del hombre, de lo que nos es a todos común, de la humanidad. Los infelices que no llegan al cero de la escala, son tratados cual cantidades negativas, se les deja morir de hambre y se les rehusa la dignidad humana.

Es mi intento aquí indicar el efecto moral que por fuerza produce tal manera de considerar las cosas. Como fruto natural y maduro de concepción semejante, y de las que de ella fluyen, ha venido un oscurecimiento de la idea y el sentimiento de la dignidad humana. No basta ser hombre, un hombre completo, entero, es preciso *distinguirse*, hay que subir lo más posible del cero de la escala y subir de cualquier modo, hay que adquirir valor social de cambio. Y en esta encarnizada lucha por lograr la altura de cualquier modo que sea y apoyándonos en ajenas espaldas, no es el amor a la altura, sino el terror al abismo, lo que nos impele, es la visión pavorosa del mundo de la degradación y la miseria. No se aspira a la

gloria cuando se tiembla ante el infierno, y el infierno moderno es la pobreza.

Se sacrifica la individualidad á la personalidad, se ahoga bajo lo diferencial, lo específico y común; no se procura el desarrollo integral y sano de la personalidad, no; se quiere caricaturizarse cuanto sea posible, acusar más y más los rasgos diferenciadores a costa de la dignidad humana. La cuestión es elevarse y distinguirse, *diferenciarse* sin respeto alguno al necesario proceso paralelo de *integración*. Hay que llegar a originalidades, sin advertir que lo hondo, lo verdaderamente original, es lo originario, lo común a todos, lo humano.

He aquí la fuente de la degeneración que fustiga Max Nordau, fuente de donde brotan miles de extravagancias. En último análisis se reduce todo a adquirir valor de cambio en el mercado para tener más salida en él. Este es el foco del mandarínismo científico y literario, la causa de la llamada enfermedad del siglo. Y todo ello son consecuencias del proceso económico capitalístico actual, en que la vida de los unos es un mero medio para la conservación y disfrute de la vida de otros.

En el mundo literario se desprecia la vida de la gran masa, no se quiere cantar en el gran coro

por temor a que en él se pierda la voz en armónico concierto, y para hacerse notar se sueltan gallos, rompiendo la armonía, se sostienen estúpidas paradojas, se cae en toda clase de insinceridad. Y esta miseria moral se ha reducido a fórmulas, sacando a luz doctrinas profundamente inmorales. Los unos siguen los ensueños disparatados (en que hay, sin embargo, mucho que es oro puro y de ley) del pobre Nietzsche y su «sobre-hombre» (¡magnífico ensueño cuando se le comprende rectamente!); otros falsifican el *heroworship*, el culto a los héroes de Carlyle, que si bien no era en éste del todo sano, por lo menos le llevaba a creer en los pueblos heroicos; otros dan en el dilentantismo mandarinesco de Renán, otros en otras fantasías más insanas.

Si el lector examina despacio todos estos fenómenos patológicos de nuestro *fin de siècle*, a los que hay que añadir un *soi disant* misticismo de borrachos y morfinómanos, reconocerá que todo ello procede del clivido de la dignidad humana, de la caza por la distinción, del temor a quedar anónimo, del empeño por separarse del pueblo. Entre literatos es frecuente, como entre industriales, no ver en el hombre más que un productor en el sentido económico, no un hombre: tantas novelas o tantos dramas por año.

Se habla de una reacción espiritualista; pero lo que en realidad se ve no es otra cosa que al repugnante y anticristiano René, que se esfuerza por salir de la oscuridad y llamar a sí las miradas con *Le genie du cristianisme* redivivo. Mejor hará ir a enterrarse con la pobre Atala en un bosque. Esto sólo prueba que la burguesía desesperada anda a la busca de un dios que encadene al pueblo trabajador a las máquinas, mientras ella se lanza a alcanzar el «sobre-hombre». Es muy posible que así vuelva al orangután, que no carece de distinción.

No es raro que para cohonestar el prurito de originalidad se saque a plaza, desquiciándola, la famosa ley de la diferenciación (mejor que división) del trabajo. Últimamente, Durkheim—*De la division du travail social*—ha insistido como en deber supremo en el de diferenciarse.

Hay, sin embargo, que hacer observar que si algo distingue al hombre del animal es que el hombre es inmensamente más capaz de crearse un ámbito, de hacerse un ambiente propio, que no otra cosa significa el empleo de útiles e instrumentos. La labor del progreso consiste en ir esta-

bleciendo diferenciación en el ámbito, refiriendo a él la división del trabajo para quedarnos nosotros con el poder integrador. Es casi incuestionable que la sociedad progresa más que el individuo, que es el ámbito social el que más adelanta, que excede en más nuestra ciencia a la de los griegos que nuestra capacidad mental a la suya. Nacemos en una sociedad que nos suministra medios más perfectos, disponemos para toda clase de cálculos de diferentes clases de tablas de logaritmos.

Para llegar a tocar el piano hace falta aprendizaje mayor o menor, es preciso diferenciación en el artista, pero apenas es menester habilidad especial para tocar un piano de manubrio. Un buen piano mecánico es mejor que un mal pianista, y ya es algo, dado que los malos pianistas sean los más, pero es muy inferior hoy a un pianista bueno. Mas, ¿no cabe concebir progresos mayores en la construcción de pianos mecánicos y a la vez una justa depreciación del puro *virtuosismo* de prestidigitación de ciertos artistas?

El ejemplo precedente no lo he traído más que para mostrar cómo la diferenciación del instrumento útil, del ámbito adaptado a nosotros, permite una especie de indiferenciación del hombre, le deja a éste más ancho campo para integrarse y ser

lo que debe ser, un poder integrador. Y esto que pasa con la maquinaria pasa también con la ciencia y el arte, que son una especie de máquinas espirituales. Conforme las ciencias progresan es más la labor que ellas cumplen en nuestra mente que la que nosotros cumplimos en ellas; llegan a calcular las matemáticas en el que las conoce.

La diferenciación de las ciencias hace más accesibles a éstas y llegará a hacer, contra lo que a primera vista parece, más fácil su integración y más hacedero el pasar de unas a otras. Conforme se especializan se van acercando más unas a otras, por dentro, no por arriba, y se van generalizando: ¿no es acaso la especialización creciente de la química lo que tiende a convertirla en una mecánica molecular?

Y lo que pasa en la ciencia pasa en el arte.

Es estúpido burlarse sin ton ni son del enciclopedismo y no creer obreros útiles en el progreso científico más que a los pincha-ranas y cuenta-gotas.

Y sobre todo hay que tener en cuenta que tanto la ciencia como el arte son para la vida, y considerar las cuestiones desde el punto de vista del consumo y no siempre desde el de la producción, como si estuviéramos destinados a caer muertos de fatiga al pie del almacén abarrotado de los productos de nuestra industria mercantil.

Se suele olvidar con suma frecuencia hasta qué punto y de qué modo determina el consumo la producción, que ésta se endereza a aquél, que el cambio es mero medio, que no se produce para cambiar precisamente sino para consumir. ¡Tanto hablar de derecho al trabajo y derecho a los medios de producción y tan poco de derecho al consumo, que es la raíz y fundamento verdadero y real de aquellos otros derechos! Lo único que tiene el fin en sí mismo, lo verdaderamente autoteleológico, es la vida, cuyo fin es la mayor y más intensa y completa vida posible. Y la vida es consumo, tanto como producción. El resultado más útil de la mejora de la clase obrera y de su instrucción es que así aumentan sus necesidades y aumenta el consumo y no se satisface ya con el mismo jornal y tiene que aumentar la producción de cosas *generalmente* útiles, amenguando la de objetos de puro lujo. Cuanto más exigente el pueblo tanto mejor para una producción sana. Cuando llega a ser de primera necesidad para el obrero cierto vestido y cierta alimentación entran a determinar el *mínimum* de salario a que trabajan, el *mínimum* que queda fuera de la concurrencia, y recibe un golpe el consumo de vestidos y manjares de lujo de las clases más o menos holgazanas.

Y esto que digo de los artículos de consumo material lo digo del arte y de la ciencia. Popularizarlos es sanearlos, es hacer que aumente el consumo de arte y ciencia de primera necesidad, y que se hagan de primera necesidad el arte y la ciencia sanos, y es a la vez amenguar la producción dañosa de toda clase de extravagancias científicas y artísticas a que se entregan los atacados del prurito de diferenciación a toda costa.

Así acabaría toda esa literatura de mandarinato, todas esas filigranas de capillita bizantina, todo lo que necesita de notas y aprendizaje especial para entenderlo, todo el arte que se empeñan algunos en llamar aristocrático, y con él toda la pseudo-ciencia de ingeniosidades y matoidismos. Si subsisten es porque aún tienen función que cumplir.

Debemos esperar que llegue día en que un diamante no se aprecie sino en cuanto sirva para cortar cristales y usos análogos, en que no se estime en más un incunable que una edición bien hecha de miles de ejemplares de tirada ni se dé importancia a los refinamientos artísticos de mero valor de cambio.

No, el primer deber del hombre no es *diferenciarse*, es ser hombre pleno, íntegro, capaz de *consumir* los más de los más diversos elementos

que un ámbito diferenciado le ofrece. Y el deber de quien quiera se consagre a la ciencia o al arte es estimar su obra más grande que él mismo y buscar con ella, no distinguirse, sino la mayor satisfacción del mayor número de prójimos, la intensificación mayor de la vida propia y del mayor número posible de vidas ajenas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO